

guna relación pormenorizada de la tercera expedición de Hawkins, dando lugar con esta falta á que no sea posible vindicar á las autoridades españolas del feo cargo de traición que les hacen Miles Philips, Job Hortop, y el propio Hawkins, en las relaciones que acabamos de ver. Torquemada (1) hablando del gobierno de D. Martín Enríquez, se contenta con decir: "Llegó al puerto de San Juan de Ulúa, donde tuvo «dares y tomares con un inglés llamado «Juan de Acle.» Betancourt refiere dos veces el hecho.

La (2) primera dice así: "El año de 568, " á 15 de Setiembre, entró Juan Aquines, " inglés, con diez navíos, en el puerto de " San Juan de Ulúa, y se apoderó de la isla " á tiempo que llegó la flota en catorce na- " víos, en que vino el señor virrey D. Mar- " tín Enríquez, que los apresó, siendo gene- " ral de la flota Francisco Luján, y trajeron " doscientos prisioneros á la cantera de " Santa María; donde trabajaron sacando " piedra para México." Y más adelante (3) " se expresa en estos términos: «El año de " 568 llegó D. Martín Enríquez por virrey

(1) *Monarquía indiana* lib. V. cap. 21.

(2) *Teatro Mexicano* parte 4.ª pág. 77.

(3) *Tratado de la ciudad de México*, cap. 2.

" y hallando á Juan Aquines Acle (1) apo- " derado de la isla de San Juan de Ulúa que " había entrado á 15 de Setiembre, lo des- " barató y echó de la isla con trece navíos " de la flota del cargo de D. Francisco Lu- " ján."

Ni Torquemada, ni Betancourt sospecha- ban que en tal hecho pudiera haber cargo de traición, mucho más tratándose herejes y piratas, á quienes no se debía fe; pero los ingleses y otros extranjeros no dejaron pa- sar la ocasión de acusar á los españoles, de modo que Barcia (2) hubo ya de defender á sus compatriotas contra el protestante fran- cés Larrey, autor de una *historia de In- glaterra* poco estimada. [3] Dice, pues, Bar- cia: "Con la vaga noticia que se esparció " en Francia, é Inglaterra de la destrucción " de los españoles en la Florida, volvieron " los corsarios á infestar las costas de las " islas y tierra firme, y algunos con tanto " poder, que como si tuvieran patente del " rey para negociar géneros prohibidos, se

(1) El *Aquines* ya se entiende que es una disparatada corrupción de *Hawkings*; pero confieso que no acierto encontrar el origen de *Acle*.

(2) *Ensayo Cronológico para la Historia general de la Florida* publicado bajo el seudónimo de D. Gabriel de Cárdenas Z. Cano (Madrid, 1723) fol. 133.

(3) *An unsatisfactory performance*, la llama el inglés Lowdes en su *Bibliographer's Manual of English Literature*.



"entraban en los puestos, como lo hizo Juan  
"Hawkings, inglés que se metió en el puer-  
"to de San Juan de Ulúa, con cinco navíos  
"cargados de mercaderías y negros; pero  
"al día siguiente llegó la flota que iba de  
"España, y sin que se pudiesen valer los  
"ingleses, los embistió y tomó tres navíos  
"de mercaderías, escapando los dos con  
"gran trabajo: lo cual arguyen de traición  
"algunos herejes, suponiendo que entre  
"Carlos V y Enrique VIII había antigua  
"capitulación de comercio libre, y que la  
"flota dió palabra de no hacer mal á los in-  
"gleses y la quebrantó, tomando sobre se-  
"guro aquellos navíos; lo cual pondera tan  
"agria como neciamente el impío Larrey,  
"inventando falsamente, para dar nombre  
"tan injusto á esta acción, el tratado y la  
"palabra."

El P. jesuita Alegre, que escribía antes  
de 1767 su *Historia de la Compañía de Je-  
sús en Nueva España*, dice á este propósi-  
to lo siguiente: (1) "Por los años de 1568 el  
"pirata Juan Jaween, habiendo entrado en  
"este puerto (Ulúa), causó bastante cuida-  
"do por no haber en él fuerzas suficientes  
"á resistirle. Al día siguiente, 15 de Se-  
"tiembre, llegó con trece navíos de flota

(1) Lib. II, pág. 150.

"el Exmo. Sr. D. Martín Enríquez, que tu-  
"vo el honor de señalar los principios de  
"su gobierno con la expulsion de aquellos  
"famosos corsarios." Otro jesuita, el P. Ca-  
vo en sus *Tres siglos de México*, refiere que  
D. Martín Enríquez llegó, *por Octubre* á  
Veracruz, y "avisado de tener los ingleses  
"al comando de Juan de Acle, ocupada  
"desde el 15 de Setiembre *la isla de Sacri-  
"ficios*, que está enfrente del castillo de  
"San Juan de Ulúa, hizo juntar las guarni-  
"ciones de la ciudad, *fortaleza* y de la flo-  
"ta en que vino, que constaba de trece na-  
"víos: con estas fuerzas, dirigidas á lo que  
"se cree, por el general de aquella flota,  
"Francisco Lujan, acometieron á los ene-  
"migos, que obligaron á evacuar la isla." Hay en esta relación varios errores, como  
decir que el virrey llegó *por Octubre* á Ve-  
racruz; que los ingleses se habían estable-  
cido en la *isla de Sacrificios*, y que el vi-  
rrey tomó la guarnición de la *fortaleza*, que  
aún no existía, y se construyó precisamen-  
te á consecuencia de este lance, para evi-  
tar otros parecidos.

El laborioso compilador D. Diego Pa-  
nes (1) cayó también en el error de supo-  
ner ya construida entonces la fortaleza, y

(1) *Cronología de los Virreyes de México*, MS.



eso que por haber sido subteniente de artillería en Veracruz, y vivido allí mucho tiempo, debía creérsele mejor instruido en su historia. "Luego que este virrey (Enríquez) entró á gobernar, dice Panes, dispuso que se estableciesen algunos presidios, y que se fundase la villa de San Felipe en las minas de San Luis Potosí, sujetando las bárbaras naciones de indios mecos. De allí á poco arrojó á Juan Aquines, inglés, que se había apoderado del castillo de San Juan de Ulúa."

Entre los modernos, quien nos da noticias más extensas es D. Miguel Lerdo de Tejada en sus *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*. (1) "El día 14 de Setiembre de 1568 se apoderó del islote de *Sacrificios* un pirata á quien algunos historiadores dan el nombre de Juan Ja-ween, y otros el de Juan Aquines Acle, (2) dominando en seguida la antigua villa de Veracruz, para lo cual no encontró resistencia alguna, por no haber allí fuerzas suficientes para defenderla. Este acontecimiento, que puso á aquel vecindario á merced de tan inesperado huésped, no

(1) Cap. 5.

(2) Es cosa notable que el autor ignorara que con esos nombres desfigurados se designaba al célebre *Hawkings*, y también lo es que no diga palabra del combate con la flota española.

"fué de larga duración, pues al día siguiente se presentó á la entrada del puerto una escuadra de trece velas que conducía el virrey D. Martín Enríquez de Almanza, y esto bastó para que abandonaran precipitadamente á aquel punto. Sin embargo, á pesar del poco tiempo que permaneció allí aquel pirata, parece que supo aprovecharlo exigiendo fuertes tributos á sus habitantes, y aun saqueando las principales casas de comercio que entonces existían, pues consta que algunos años después fueron devueltos á la villas, por orden del rey los valores que aquel tomó." Ignoro de dónde hubo el autor estos portomenores, en que sospecho puede haber alguna equivocación, pues *Hawkings* no tuvo tiempo, ni se hallaba en estado de saquear la ciudad: acaso la orden de devolución se refiere á otro suceso, y sea como fuere, es bien extraño que el gobierno tomase sobre sí el resarcimiento del daño causado por un pirata, admitiendo una responsabilidad que sólo podría venirle indirectamente por falta de protección á sus súbditos. Un gobierno que tomaba los caudales de particulares, que llegaban á España en las flotas, pagándolos con *juros* ó con *bonos*, como diríamos hoy, no es creíble que fuera tan escrupuloso.



Réstanos, para formar mejor juicio en el caso, escuchar el testimonio de los historiadores modernos, inglés el uno y español el otro. Lindard, en su *Historia de Inglaterra* ya citada, refiere de este modo las expediciones de Hawkins: "El célebre Sir John " Hawkins se había dado ya á conocer por " haber comenzado el comercio de esclavos. Hizo tres viajes (1562, 64 y 67) á la " costa de Africa, donde á cambio de objetos de muy poco valor obtuvo un número " considerable de negros; atravesó el Atlántico hasta la isla Española y demás colonias españolas de América, y por precio " de sus esclavos trajo una gran cantidad " de cueros, azúcar, jengibre y perlas. Mas " este comercio era ilícito, y en su tercer " viaje fué sorprendido en la bahía de San " Juan de Ulúa por el virrey español que " llegaba de Europa con una flota de doce " velas. Las dos escuadras se vieron con inquietud y desconfianza: una tregua precaria acabó en un combate general; y por " último, aunque los españoles sufrieron " grave daño, Hawkins perdió su flota, sus tesoros y la mayor parte de sus compañeros. De seis buques que llevaba, sólo " dos escaparon, y de éstos se hundió uno " en el mar: el otro, de cincuenta toneladas, " llamado el "Judith" y mandado por Fran-

" cisco Drake, trajo á Europa el resto de " los aventureros. El lector quedará sin " duda admirado, cuando sepa que los dos " buques mayores de los seis que hacían " este inhumano tráfico, pertenecían á la " reina. . . . Drake atribula el desastre á la " perfidia del virrey, y tenía sed de venganza. Consultó con un capellán de la " marina, y el ilustrado casuista le resolvió " que la pérdida que le había ocasionado " un jefe español, podía justamente resarcirla despojando á los súbditos españoles " en cualquier parte del mundo." Sigue refiriendo el autor las expediciones de Drake, y agrega: "Cuando Felipe II se quejó " de tales depredaciones, se trató de justificarlas malamente, alegando que él había ayudado en secreto á los enemigos de " la reina. . . . Pero si ha de admitirse la " excusa de las represalias, conviene investigar quien fué el primer agresor, y la imparcialidad nos obliga á echar la culpa á " la conducta inexcusable de los aventureros ingleses."

De la *Historia de la Marina Real Española* (1) tomo el siguiente pasaje: "En 1568 " se presentó en aquellas costas (de Amé-

(1) *Historia de la Marina Real Española, desde el descubrimiento de las Américas hasta el combate de Trafalgar*, por D. José March y Labores. [Madrid, 1854.]



" rica) el pirata inglés Juan Hawkings con  
" nueve navíos, y en Margarita y en Santa  
" María vendió algunos negros esclavos  
" para el cultivo de los campos y el labo-  
" reo de las minas. No pudo hacer lo mis-  
" mo en otros puntos, porque teniéndole co-  
" mo enemigo, se le prohibió el desembar-  
" co; pero habiendo arribado al de Vera-  
" cruz, obtuvo permiso del virrey de Mé-  
" xico para carenar sus navíos. Acaso este  
" intento encubría otro nada bueno, pues el  
" hecho es que en tanto que ejecutaba con  
" suma diligencia aquella operación, tenía  
" dispuesta la artillería en la costa como si  
" amenazara la invasión ú ocupación de  
" aquel punto por la fuerza. En esto llega-  
" ron trece navíos de la armada española,  
" conduciendo al nuevo virrey D. Martín  
" Enríquez, sucesor del marqués de Falces  
" D. Gastón de Peralta, el cual desembarcó  
" y se puso en camino para México, sin sos-  
" pechar fraude alguno de parte de los in-  
" gleses. Pero el capitán de la escuadra  
" nuestra D. Francisco Luján, los juzgó pi-  
" ratas, como lo eran en realidad; al ver la  
" multitud de ellos que armados corrían  
" por las calles, y aremetiendo á los mu-  
" chos que estaban en la playa, hizo en ellos  
" gran matanza, se apoderó de la artillería  
" enemiga, y las naves españolas comenza-

« ron á disparar sobre las inglesas, que á  
« pesar de la sorpresa no dejaron de defen-  
« derse intrépidamente. Durante la pelea,  
« que se trabó con gran furor, se escapó del  
« combate el famoso inglés Francisco Dra-  
« ke, y embarcándose en una nave donde  
« estaba recogida la mayor parte de oro,  
« fruto de las rapiñas de aquellos piratas,  
« huyó velozmente por el Oceano. Casi to-  
« do el día resistió Hawkings como deses-  
« perado, hasta que convencido de la desi-  
« gualdad de sus fuerzas para contrarres-  
« tar las de los españoles, pegó fuego á su  
« capitana, y favorecido de la oscuridad se  
« puso en fuga en la vice-capitana, siguién-  
« dola otro navío, y dejando todos los de-  
« más por presa de los españoles. El navío  
« que le seguía, no pudiendo continuar su  
« carrera, quedó hecho pedazos, estrellán-  
« dose en el río de Pánuco, y su tripulación  
« en número de sesenta personas fué con-  
« ducida á México y tratada con *humani-*  
« *dad.*»

Notará fácilmente el lector las discrepan-  
cias que hay entre las diversas relaciones  
de la expedición de Hawkings, no sólo en  
cuanto á la traición atribuida á los españo-  
les, sino hasta en otros puntos de menor  
importancia. Según unos, los aventureros  
se establecieron en la isla de Sacrificios, y



según otros, se apoderaron de San Juan de Ulúa: quién dice que había en ésta una fortaleza, y quién calla esa circunstancia, dando así á entender que no existía allí fortaleza de ninguna clase: algunos cuentan que el virrey se había puesto ya en camino para México, y no fué él quien ordenó el ataque, sino el general de la flota, mientras que otras atribuyen todo al virrey. Iguales discordancias se notan acerca de la pérdida que sufrieron los ingleses, y de la suerte de los buques que escaparon. Parece que respecto á estos pormenores, debemos estar á las relaciones de los mismos aventureros; y en cuanto á lo demás, juzgo que no iremos lejos de la verdad, si creemos que las cosas pasaron de esta manera.

Venía Hawkins de Cartagena con cinco buques, (pues había perdido en la costa de Africa uno de los seis que sacó de Inglaterra), y se dirigía, como en su viaje anterior, á las costas de la Florida, cuando sorprendido por una tormenta, se vió obligado á refugiarse en el actual puerto de Veracruz, llamado entonces de San Juan de Ulúa, porque el nombre de Veracruz se daba propiamente á la *antigua*. Bien puede creerse que Hawkins no entró allí por su voluntad, sino por fuerza de tiempo; porque tratando de hacer un comercio clandestino

é ilícito, no había de escoger para ello el puerto más principal y más frecuentado de aquella costa, fuera de que él mismo nos dice que había dado por concluido su negocio. Confirma esa creencia la moderación que usó á su llegada, como quien teme dar motivo á una agresión que le conviene evitar.

Las relaciones de los testigos oculares no dejan duda de que Hawkins se estableció en el islote de San Juan de Ulúa, y no en la isla de Sacrificios; pero no dicen si en aquella había alguna fortificación. Sólo Job Hortop habla de artillería encontrada en la isla; (1) mas si esta artillería era española, ¿quién la guardaba? No es de presumirse que los artilleros huyeran al acercarse los ingleses, pues no creyeron los españoles que aquellos buques eran enemigos, sino de la flota que se aguardaba. La expresión de Hortop más parece indicar que él, como artillero que era, se encargó con otros de montar y custodiar la artillería que los mismos ingleses acababan de desembarcar poco antes, lo cual se confirma con la relación de Miles Philips. Juan Chilton, que es

---

(1) *Wee monted the Ordinance that wee found there in the Ilande.*



tuvo allí poco antes nos cuenta (1) que existía una muralla ó tapia con dos baluartes en los extremos, y que el rey mantenía cincuenta hombres para guardar aquellos fuertes, agregando que en dicha muralla se amarraban los buques. Mas como Chilton viajó muchos años por la Nueva España y otras provincias de América, volviendo á pasar por Ulúa después de la expedición de Hawkins, puede suponerse que entonces fué cuando vió aquella fortificación, levantada como defensa provisional para otro caso semejante, mientras se construía el castillo que actualmente existe, y que debió su origen á la expedición de que vamos tratando. De no ser así, nuestros escritores ingleses no dejarían de mencionar tal fortificación, y decir qué se hicieron los soldados que la guardaban. Si la hubieran hallado, se habrían establecido con más firmeza los nuevos ocupantes, y no abandonarían con tanta facilidad el puesto y la artillería á los españoles que los atacaron.

No es improbable que viéndose Hawkins en Ulúa, y notando que los españoles no contaban con medios de resistencia, hubiera pasado pronto de la defensiva á la ofensiva, á lo menos en cuanto bastara á obte-

(1) Véase su Relación en la pág. 446 del tomo 1º del Boletín.

ner los auxilios que necesitaba, pagándolos con el resto de sus mercancías ó negros, y completando así su comercio, único objeto del viaje. Mas vino á estorbarlo la llegada de la flota, que se apareció tan inoportunamente. Decir, como dice, que podía muy bien haberle impedido la entrada, no pasa de una bravata, y no habría dejado de hacerlo, si hubiera estado en su mano. Nada en realidad tenía que temer de su soberana, por más daño que hubiera causado á los españoles. Peleando con ellos fuera del puerto, tenía mayor facilidad de escaparse en caso necesario, y se ahorra los fuegos de tierra, que tanto daño le hicieron. La causa de la moderación de Hawkins y de su resolución de no oponerse á la entrada, de la flota, debemos buscarla en la debilidad de sus armas, y sobre todo, en la gran necesidad que tenía de víveres, á cuya necesidad debía sacrificarlo todo: Si hubiera tenido tiempo de procurárselos antes de la llegada de la flota, habría obrado de otra manera, ó á lo menos se marchara sin aguardar dentro del puerto aquella peligrosa visita. Pero hallándose desprovisto, y con sus buques maltratados, no le quedó otro arbitrio que proponer una tregua á los españoles, para ganar tiempo, y proveerse de lo que tan urgentemente necesitaba. Al



virrey le convenía también aceptarla, para no exponer los buques de la flota á los azares de un encuentro, en que pudiera perecer alguno, como en efecto sucedió después.

Que hubo realmente algún concierto no puede ponerse en duda, vistas las afirmaciones de los testigos oculares, y la conformidad con que refieren los puntos acordados; mas en la situación que guardaban ambas partes, no era posible que la paz fuera duradera. ¿Quién fué causa de que se turbase? Los ingleses ciertamente que nada ganaban en ello, y lo atribuyen todo á una traición de los españoles; pero ¿de semejante traición podía venirles tal provecho que compensase los inconvenientes de un ataque? Estando la flota dentro del puerto, los ingleses no se hallaban en estado de intentar nada contra los españoles, y se habrían considerado muy felices con haber logrado reparar sus averías, proveerse de víveres, y salir sin ser molestados. El aliciente de apresar las naves inglesas no parece bastante para haber faltado á la palabra empeñada, porque si Hawkings, que no pasaba entonces de un aventurero, tenía el desagrado de su soberana, en caso de que se le hiciese grave daño á la flota española; mayor motivo tenía el comandante

de ella para no exponerla á un descalabro, sólo por apresar ó destruir cinco buques pequeños.

No es creíble que los ingleses saqueasen la ciudad, como dice Lerdo, porque no tuvieron tiempo de hacerlo antes de la llegada de la flota, ni podían intentarlo después. Tampoco hay escritor que hable de ello, pero conociendo la audacia de aquellos aventureros, el odio y desprecio con que veían á los españoles, y la protección que estaban seguros de encontrar en su reino, no es temerario suponer que ellos dieron motivo á las hostilidades, tal vez contra la voluntad de su jefe. De hecho habían tomado una actitud hostil, estableciendo una batería en la isla, y obstinándose en conservarla. Los españoles debían naturalmente recelarse de semejantes huéspedes, y usaban de su derecho al tomar también precauciones para no ser sorprendidos; esto explica las disposiciones militares que alarmaron á los ingleses, y en tal situación, cualquiera chispa bastaba para producir un incendio.

Aunque los ingleses digan que el virrey mismo fué quien quebrantó la tregua, tengo por más probable que había salido ya para México en los siete días trascurridos desde su llegada, y que el general de la flota, D. Francisco Luján, fué quien ordenó y diri-



gió el ataque. Los buques de Hawkins se hallaban amarrados al islote de Ulúa, y en este tenía parte de su gente y artillería. Los españoles asaltaron el islote, y lo ocuparon sin resistencia, quedando dueños de los cañones, con los cuales hacían un fuego mortífero sobre los ingleses: al mismo tiempo los embestían los buques de la flota, abordando el «Minión», y el «Jesús». No quedó á los ingleses otro recurso que picar los cables de proa para alejarse cuanto antes de los fuegos de tierra, resistiendo al mismo tiempo el abordaje: el «Minión», el «Jesús» y el «Judith» lo consiguieron; pero el segundo, que había sido la rémora constante en toda la expedición, se hallaba tan maltratado, que los ingleses se decidieron á abandonarle, poniéndole antes de parapeto al lado del «Minión» para que resguardase á este de los fuegos de la isla. Mas en aquel momento los españoles lanzaron, á manera de brulote, uno de sus propios buques incendiado, y causó tal terror á la tripulación del «Minión» que sin más aguardar órdenes se largaron, abandonando el «Jesús». Algunos de los de este último buque, lograron alcanzar en un bote el «Minión»; los demás cayeron en manos de los españoles, así como todos los ingleses que estaban en la isla, excepto tres. El combate duró casi todo el

día; los ingleses habían perdido tres buques y la mayor parte de su gente; la pérdida de los españoles fué también considerable.

Los dos tristes buques ingleses consiguieron alejarse del puerto á favor de la oscuridad. En la misma noche se separó el capitán Drake con el «Judith»: é hizo vela para Inglaterra, abandonando al jefe en el «Minión», sin víveres y en mares desconocidos. El hambre le obligó á arribar á las costas de Pánuco y á abandonar en una tierra desierta la mitad de su gente, siguiendo él su viaje á Europa sin víveres, y en la estación de las tormentas, de tal modo que fué casi un milagro que no pereciese. Los desembarcados en Pánuco cayeron también en poder de los españoles. Su suerte y la de los prisioneros de Veracruz está pintada en las relaciones que preceden.

Es de sentirse que en nuestros documentos históricos no se halle, que yo sepa, una relación circunstanciada de aquellos sucesos. Los escritores españoles consideran á Hawkins como un pirata, y no le dan la importancia que debieran: ni aun su nombre aciertan á escribir. No era efectivamente más que un corsario contrabandista; pero en aquella época los oficiales más notables de la marina inglesa solían salir de entre tales aventureros, abiertamente por-



tegidos por el gobierno. El mismo Hawkins es un ejemplo de ello. Lo propio sucedió con el famoso Drake: cuando regresó de su correría en el mar del Sur, que tanto daño causó á los españoles, la reina Isabel aceptó un banquete á bordo del único buque que volvió á Inglaterra, y confirió á Drake el título de caballero, recibéndolo poco después á su servicio.

Sea como fuere, las relaciones que he sacado de la oscuridad en que yacían para nosotros, contribuirán á aclarar la historia de aquel suceso poco conocido. Mas son ingleses, y por lo mismo parciales: ojalá pudiera yo encontrar relaciones españolas para probar cumplidamente que la lealtad castellana no se manchó con una traición en las aguas de Veracruz el 24 de Septiembre de 1568.



## CARTAS.

---